

caer en aquellas manos y que se lo traque la tierra. Yo entiendo que se sirvieron de usted para poner a andar esta explotación, porque conoce muy bien de esto, financiándolo apenas lo vieron en apuros, y ahora comienzan a ahogarlo.

—Ve bien, hombre; sí, ya están afilando las fresas para pasarme por la alistadora. Prácticamente, como si hubiera sido un administrador cualquiera. ¿Cree que yo ignoraba el juego? No; pero me arriesgué porque no había más camino; y las maderas son mi locura; tal vez mi perdición. También mi bisabuelo Milton Clinton llegó a Centroamérica en 1856 detrás de la caoba. Es mal de familia, qué diablos.

—¿El que fusilaron, no?

—El que mandó fusilar su propio jefe, sí señor.

—¡Como no lo fusilen a usted, míster!

—dijo el negro, sonriendo.

—No Sam, —dijo Clinton aceptando la broma—, eso se estila poco en estos tiempos. Pero no le extrañe si nos fusilan la empresa. ¿No ve que yo también soy un traidor a los métodos bárbaros? Los tipos me estiman, ¿no es cierto, Sam?

—Sí, hombre de Dios. A usted parece interesarle poco el dinero. Y mucho más los hombres como hombres.

—No tanto, viejo brujo, no tanto; pero un yanqui también puede ser algo así como lo que está diciendo usted.

—¿Pelemos, entonces?

Los mechones amarillos de las cejas de Burton Clinton se alzaron decididos:

—Pelearnos, Sammy, pelearnos todos juntos, maldita sea. Dígales a los hombres que tendremos que reunirnos el sábado por la tarde para discutir un nuevo plan conjunto. Somos apenas una guerrilla suelta contra todo un ejército organizado, pero nos portaremos bravamente.

Discutieron el plan, lo llevaron a cabo, sudaron como verdaderos demonios.

.....

Y un año después, la Compañía los había aplastado como gusanos. Míster Timber tuvo que entregarlo todo; quedó de simple administrador; y míster Lumber, agarrado a la palanca del conmutador de la aserradora, volvió a recordar a sus muertos mientras el carro corría de adelante atrás y de atrás adelante, en tanto que las jaspeadas piezas del hermoso cativo que estaba aserrando caían una tras otra sobre los rodillos.

—Bob —le dijo al ayudante—, para la máquina. Voy a buscar a míster Timber. God damm... Me vuelvo a mi zurá.

Otra vez había dicho hasta aquí.

Nuevamente Sam Scott estaba leyendo sus Salmos debajo del viento y la lluvia, debajo del sol, entre el ramaje, plácida y tranquila su cara de betún. Habían pasado cinco años, pero no se veía más viejo, ni había olvidado cantar por las noches, junto a la misma lechuza que lo miraba curiosa y de cuando en cuando le respondía con su silbido agorero.

.....

¡Dios! llegó la orden de voltear también el zurá del negro Sam.

Burton Clinton fue y subió a explicarle:

—Esto es ajeno ahora. Serán siete mil varas de tablancillo, y la Compañía los quiere. La frutera manda.

—Lo sé, Timber, lo sé, por el amor de Dios. Pero yo soy un negro libre. Que vengán por mí. Que tumben mi casa con todo y Sam Scott adentro, si lo prefieren, qué diablos.. Tengo todavía mi escopeta.

—Ese fierro herrumbrado. No, no me haga esto, Sam. Tengo que obedecer las órdenes. Van a sembrar ya todo esto de bananos.

—Usted no es el de la culpa, Burton. Usted luchó como un hombre. Ahora no es usted, usted.

—No, y me duele. Ahora he vuelto a ser un simple instrumento, lo sé bien. Pero seguimos amigos. Hágame caso.

—Claro que seguimos amigos, míster Timber. Más que nunca. Por su Milton Clinton y por mis abuelos, eche acá esa mano —y se la estrechó—. Pero no le haré caso, ¿sabe? Ahora he vuelto a ser un hombre que se manda solo, como mis antepasados.

Míster Timber se rascó la cabeza. No había modo. Sammy Scott se había puesto tan duro como la fibra del zurá.

Cuánto había, por su parte, encanecido Burton Clinton.

—Bueno, bueno, veré qué puedo hacer—; empezó a bajar agarrado como un mono de las pasarelas de mecate—. Pero si fracaso —dijo aún— ¿me promete portarse como un buen machacho?

Sonrió Sam y guardó silencio. Burton ya no lo estaba viendo.

—Con cuidado, eh, Timber— le volvió a decir, como aquella otra vez.

—Gracias, viejo brujo— contestó Clinton tristemente.

No fue mucho lo que pudo hacer. Sosteniendo el asunto por algunas semanas. Entonces mandó la renuncia a las oficinas centrales de la compañía, en Puerto Limón, y alcanzó a ver cuando otro administrador daba días después la orden para tumbar la montaña donde como una oropéndola vivía míster Lumber leyendo su Biblia y cantando Salmos.

—Váyase tranquilo —le dijo por fin Sam Scott—. No hay caso, tendré que bajar antes de que hagan tablancillo con mi bonito zurá.

.....

Sí, amigos míos. Ustedes no lo van a creer, y Burton Clinton hubiera querido sin duda que no sucediera jamás, pero ya él no estaba allí cuando le llegó la hora al zurá. Sammy lo defendió como un viejo puma acorralado, a balazo limpio, aunque sin tirar a ningún determinado blanco. Disparaba, no más: disparaba como un loco. Era posiblemente lo que esperaban para justificar después el asesinato. La policía, en esas zonas, es policía de bananos. Lo acribillaron a tiros y su cuerpo cayó dando tumbos como un monigote por entre los bejucos desde sus sesenta metros de altura.

—¡Yo soy un hombre; yo soy un negro libre!— había rugido, ya agonizante allá arriba, momentos antes de caer al vacío.

Bob, el ayudante, lloraba y maldecía.

Las mujeres rezaban y se deshacían las manos.

Los peones, los boyeros, los de las hachas, los de los botes, el palanquero del carro, negros o blancos, qué más da, apretaron los dientes, dolidos e iracundos.

Míster Lumber no hacía ya más nada, quieto montoncillo desarticulado sobre el suelo hojarascoso y sombrío.

Amigos, a ustedes les llama la atención el sobre de esta mesa. Es un hermoso sobre bien jaspeado, ¿no es cierto?, a cuyo alrededor nos hallamos conversando. Ustedes me han pedido detalles. Ustedes quieren una explicación. Bueno, ahora estoy muy cerca de dársela. Yo habría preferido que míster Timber nunca me hubiera contado esta historia, pero me la contó, y no estoy haciendo más que repetírsela a ustedes.

—Cómo me engañó el marrullero. Claro que había de bajar antes de que hicieran tablancillo con el palo. Ahora comprendo su enigmática sonrisa aquel día. Cómo no lo comprendí.

Clinton volvió días después allá, al saber de la muerte de su amigo. Venía a despedirse de sus despojos, ya bajo tierra. Cosas hay que asombran. Vió que en el aserradero se disponían a arrimar a la plataforma con la pasteca un enorme tronco de zurá. Preguntó con los ojos. Bob le respondió:

—Sí. Dió una barbaridad de cortes. Este es el más rollizo y sano.

Míster Timber se acercó:

—El segundo, no hay duda. Gran Dios,